

Existencialista a palos (malgré lui)

El profesor don José Alberto Soto Badilla me incluye en la lista de los existencialistas que en el mundo han sido o serán. Declino el honor, no sin agradecerlo.

El existencialismo es el único movimiento que crece retrospectivamente, pues se reclutan sus miembros entre los fieles difuntos que no pueden protestar. Así la lista se hace cada vez más grande y abarca ya a San Agustín, Santo Tomás, Pascal, Schopenhaur, Leopardi (simplemente por su margo pesimismo) y Quevedo, tal vez por haber escrito la vida del licenciado Cabrera, el gran tacaño, aunque según un conferenciante chileno que visitó Costa Rica hace algunos años, por haber escrito el Sueño de las Calaveras, El Alguacil Alguacilado y sobre todo, las Premáticas, en las que fustiga a los que se suenan la nariz y miran firmemente el pañuelo, como si lo que vieran fueran perlas, lo mismo que los que hacen dibujos en el suelo al ori-

nar, andando. El último recluta del movimiento, y seguramente no voluntario, es Isaac Felipe Azofeifa, de quien nunca se había dicho nada sino ahora que ingresó en la hermandad. En cuanto a don Miguel de Unamuno, que escribió la Agonía del Cristianismo, haciendo juegos con la etimología de la palabra agonía (de agón, combate), es el más fecundo y caprichoso de los pensadores, a quien como a Carlyle, no puede tomársele en serio como filósofo sistemático, pues no tiene inconveniente en pedirle perdón a Dios, por no creer en El ni arremeter contra los que hacen juegos de palabras, vicio que califica como la forma más baja del ingenio, o, por mejor decir, la forma preferida de los más bajos ingenios olvidándose de que entre los que practican ese miserable pasatiempo están Shakespeare, Cervantes y el mismo don Miguel.

Cristián Rodríguez